

Fernando Chivite

Las alas

El filósofo Platón, que vivió en Grecia hace casi 2500 años, decía que el ser humano es un bípedo implume. Es una definición divertida. Pero es buena, porque no hay otro ser bípedo entre los mamíferos. Nuestros antepasados dejaron de andar a cuatro patas hace unos 6 millones de años. Lo hicieron porque en aquel tiempo desaparecieron muchos de los bosques y selvas en que vivían. Hubo una gran sequía y tuvieron que acostumbrarse a vivir en el suelo. En la sabana. Además, la postura bípeda tenía sus ventajas. Una ventaja, por ejemplo, era que en posición erguida podían otear el horizonte. Ya sabéis, a los seres humanos nos gusta otear el horizonte desde siempre.

Pero la ventaja principal, por supuesto, consistía en que los miembros superiores quedaban libres. De modo que podían utilizarse para llevar cosas. Y luego también, claro, para fabricarlas. Para hacer utensilios, vasijas, adornos, cosas así. Una vez oí decir a un profesor de universidad que las manos, las manos humanas, son como herramientas del espíritu. Bueno, no sé explicar qué demonios significa eso exactamente pero me parece que suena bien. Al menos, cuando lo oí me gustó y se me quedó en la memoria. Pero fijaos en esto: la bipedestación produjo también modificaciones corporales en aquellos antepasados nuestros. Os lo podéis imaginar, cambios en la forma de la columna vertebral y en la mayor parte de los huesos. Y entre otras cosas, hizo que la laringe se separara un poco de la garganta, abovedando el paladar y posibilitando el desarrollo de un pequeño huesecillo bastante flexible con forma de herradura llamado hioides. Pues bien, fue la posición y extraordinaria movilidad del hioides lo que brindó la posibilidad de que aquellos primeros seres humanos se dieran cuenta de que podían articular sonidos y pronunciar palabras. Y así empezó todo.

Una de cada cinco personas no puede leer este texto

Empezaron a poner nombres a todo lo que veían. Nos gusta poner nombres, nos gusta otear el horizonte, nos gusta hacer cosas con las manos. Somos una especie curiosa. Pusimos nombre al resto de los seres. No fue ningún Dios, fuimos los hombres quienes lo hicimos. Y más tarde ideamos la manera de escribirlos por medio de signos.

Para que perduraran.

Desde ese instante, cada vez que uno de nosotros tiene algo importante que decir, lo escribe. Todo lo que hemos descubierto, todo lo que hemos pensado y sentido, todo lo que hemos imaginado e inventado está escrito.

Todo lo que merece la pena saber de los hombres está en los libros. Ese es el verdadero tesoro de la especie. Y no se le puede negar a nadie. Acceder sin dificultades al conocimiento es un derecho elemental. Es preciso oponerse a cuantos se posicionan a favor de la ignorancia. Somos una especie curiosa, ya digo. Somos una excepción: andamos a dos patas pero no tenemos plumas. Y si podemos volar es porque nuestra inteligencia tiene alas. De hecho, mira qué curioso: las dos páginas que ves cada vez que abres un libro parecen dos alas desplegadas, no me digas que no.

**La
Gran
Lectura**

